



Aharon Appelfeld  
**Tzili, la historia de una vida**



Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

AHARON APPELFELD

# Tzili, la historia de una vida

Traducción de  
Raquel García Lozano

Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

La historia de Tzili Kraus tal vez no se deba contar. Su destino fue cruel y sin gloria y, si no hubiese ocurrido, seguramente no la habríamos contado. Pero como ocurrió, no podemos seguir ocultándola. La contaremos sin rodeos y sin más dilación: Tzili no era hija única, tenía hermanos y hermanas mayores que ella. La familia era numerosa, pobre y muy atareada, y Tzili creció abandonada entre los trastos del patio.

El padre era un hombre enfermizo, y la madre se ocupaba de una pequeña tienda. Por la tarde, no siempre conscientemente, alguno de sus hermanos o hermanas la sacaba de la arena y la dejaba en la casa. Era una criatura tranquila, nada agraciada y casi muda. Tzili se levantaba muy temprano y se iba a dormir sin llorar ni protestar.

Y así fue creciendo. Pasaba casi todo el verano y el otoño en la calle. En invierno permanecía tumbada entre los cojines. Como era pequeña y flaca y no suponía un estorbo para nadie, se olvidaban de su existencia. De vez en cuando, la madre se acordaba de ella y gritaba: «Tzili, ¿dónde estás?». «Estoy aquí», la respuesta no tardaba en

llegar, y eso aplacaba la repentina inquietud de la madre.

Cuando tenía siete años, le hicieron una cartera de tela, le compraron dos cuadernos y la hermana mayor la llevó a la escuela del pueblo, construida con piedra gris y cubierta de teja. Allí estudió durante cinco años. Tzili, a diferencia de su gente, no destacaba en los estudios. Era algo insegura y retraída. Las grandes letras de la pizarra la mareaban. Al final del trimestre ya no había duda: era retrasada. Aunque estaba siempre muy ocupada, la madre no podía contener su ira: «Debes estudiar. ¿Por qué no estudias?». El padre enfermo, que escuchaba las advertencias de la madre, suspiraba en la cama: «¿Qué va a ser de ella?».

Tzili no paraba de estudiar, pero lo olvidaba todo. Hasta los campesinos cristianos sabían más que ella. Se confundía. «Una judía con la cabeza dura como una piedra», decían con sarcasmo. Tzili se prometía a sí misma que no se confundiría, sin embargo, cuando estaba delante de la pizarra, las palabras enmudecían en su interior y las manos se paralizaban.

Se pasaba horas estudiando. El esfuerzo no le servía de nada. En cuarto, aún no se sabía la tabla de multiplicar y su caligrafía era espantosa e incomprensible. La madre perdía los nervios y le pegaba, y el padre enfermo no era mucho más blando que ella.

—¿Por qué no estudias? —le preguntaba.

—Sí que estudio.

—¿Y por qué no sabes nada?

Tzili agachaba la cabeza.

—¿Por qué nos traes esta deshonra? —decía con crujir de dientes.

Su enfermedad era grave, pero la inseguridad de su hija le hacía sufrir más que su propia dolencia. Hablaba continuamente de la pereza de Tzili y, más aún, de su terquedad. Si quieres, puedes. Aquello no era una frase hecha, sino una convicción. Y esa convicción los distinguía a todos. A la madre en la tienda y a los hijos y las hijas junto a los libros de texto.

Y ellos realmente estudiaban: se estaban preparando por libre los exámenes, se matriculaban en cursos intensivos, devoraban libros y cuadernos. Tzili cocinaba, fregaba los cacharros y se ocupaba del jardín. Era delgada y de baja estatura, y en el jardín tenía aspecto de sirvienta.

En el invierno de 1941, también circulaban funestos rumores por allí. En la casa de los Kraus todos trabajaban como hormigas: acumulaban provisiones, las hijas memorizaban fechas, el hijo menor dibujaba en alargadas hojas de papel toscas figuras geométricas. Los exámenes estaban a las puertas y asustaban a todos. Desde la oscura habitación del padre, se filtraba de cuando en cuando una voz apremiante: «¡Estudiad, niños, estudiad! ¡No holgazaneéis!». Una vieja letanía que provocaba la ira de las hijas.

A veces Tzili era olvidada, sin embargo en el colegio, en medio de todos aquellos niños cristianos, era humillada y ridiculizada. Qué extraño: no lloraba ni pedía clemencia. Se dirigía cada día hacia su cámara de tortura y recibía su ración de ofensas.

Una vez a la semana, un maestro del pueblo iba a enseñarle las oraciones. En la casa ya no observaban los preceptos religiosos, pero, por alguna razón, a la madre se le había metido en la cabeza que estudiar religión le haría bien a la niña, y al anciano aquello le proporcionaría unos pequeños ingresos. Casi siempre llegaba a primera hora de la tarde, y no un día concreto de la semana. No se enfadaba con Tzili. Pasaba una hora contándole historias de la Biblia y otra hora leyendo con ella el libro de oraciones. Al final de la clase, ella le preparaba un vaso de té. «¿Cómo va progresando la niña?», preguntaba la madre de vez en cuando. «Es buena», decía el anciano. Él sabía que en aquella casa no se rezaba ni se observaba el Shabbat, y por eso le sorprendía que le hubiese tocado precisamente a aquella niña débil mantener viva la llama. Ella acataba siempre la voluntad del anciano. Éste llevaba un abrigo blanco y unos zapatos muy usados, pero por sus ojos pasaba la penetrante amargura de aquellos a quienes los estudios no ayudan en caso de infortunio. Sus hijos se habían ido a América y él se había quedado en su vieja casa. El anciano sabía que no era más que un títere en medio de toda aquella agitación, que los hermanos y las hermanas no soportaban su presencia. Él recibía su ración de ofensas en silencio, aunque no sin repulsión.

Al concluir la lectura del libro de oraciones, el anciano preguntaba a Tzili siguiendo la vieja fórmula invariable:

—¿Qué es el hombre?

—Polvo y ceniza —respondía Tzili.

—¿Y ante quién deberá rendir cuentas?

—Ante el Rey de Reyes, el Santo Bendito sea.

—¿Y qué debe hacer el hombre?

—Rezar y cumplir los mandamientos de la Torá.

—¿Y dónde están escritos los mandamientos de la Torá?

—En la Torá.

Esa fórmula invariable, pronunciada con una suerte de cadencia, resonaba con fuerza en el alma de Tzili durante horas y horas. Qué extraño: Tzili no tenía miedo del anciano, al contrario, le infundía una especie de serenidad que la envolvía hasta caer la noche. Entonces recitaba la oración del Shemá en voz alta, como él había mandado, y cubriéndose el rostro.

Y así fue aprendiendo. De no ser por el anciano, su existencia habría sido aún más miserable. Aprendió a empequeñecerse todo lo posible y a satisfacer discretamente sus necesidades, para no llamar la atención. El anciano, a decir verdad, no la quería, tan sólo era indulgente con ella. Pero de vez en cuando se le acababa la paciencia. A Tzili le gustaba su voz, en la que creía percibir algo de ternura.

Cuando comenzaron las hostilidades, todos huyeron y dejaron a Tzili al cuidado de la casa. Pensaron que a una niña pequeña y débil no le ocurriría nada malo y que, hasta que pasase la tormenta, ella cuidaría de la propiedad. Tzili lo acató sin rechistar. Era tal la agitación que no hubo tiempo para pararse a pensar. «Vendremos a por ti», dijeron los hermanos mientras cargaban al padre en la camilla.

Esa misma noche, los soldados irrumpieron en las casas y las saquearon. Hubo un gran clamor y los gritos llegaron hasta el cielo. Pero a ella, por alguna razón, no le hicieron daño. Tal vez no la vieron. Se escondió en el patio, en la caseta, entre los toneles y los sacos. Sabía que debía cuidar de la casa, pero el miedo la paralizó. En lo más profundo de su alma esperaba que una voz familiar la llamase. El espacio estaba lleno de gritos, ladridos y disparos. Ella repetía aterrada las palabras que le había enseñado el anciano. El soniquete la tranquilizó y se quedó dormida.

Estuvo durmiendo mucho tiempo. Cuando se despertó, ya era de noche y un silencio absoluto reinaba en el aire. Se quitó los sacos de encima y la luz

del cielo apareció a través de las rendijas de la caseta. Se incorporó apoyándose en las manos. Tenía las piernas dormidas de frío. Se frotó las piernas heladas con las dos manos. Un dolor recorrió sus pies.

Se quedó un buen rato apoyada en las manos y contemplando el cielo. Y mientras escuchaba atentamente, su boca se abrió y murmuró: «¿Y ante quién deberás rendir siempre cuentas?».

El anciano insistía en que no se comiese las sílabas y, en ese momento, ella se acordó de aquel empeño suyo.

Mientras tanto, sus piernas dormidas se despertaron y Tzili apartó los sacos que las cubrían. Dijo: «Debo levantarme», y se levantó. La caseta era mucho más alta que ella. Una caseta hecha de tablas bastas que se utilizaba para guardar leña, toneles, una vieja bañera y algunas ollas de barro. Nadie excepto ella se fijaba en ese sitio, pero a ella aquel caos le servía de escondite. En aquel momento sintió una absoluta afinidad hacia aquellos objetos abandonados.

Por primera vez, la noche se abría ante ella. Cuando era muy pequeña, cerraban las contraventanas muy temprano y, cuando creció, no le dejaban salir de noche. Aquélla era la primera oscuridad que palpaba con las manos.

Salió de la caseta y se dirigió a la derecha, hacia el campo. El cielo se elevó de pronto y ella parecía muy pequeña junto a las mazorcas de maíz. Caminó un buen rato sin volver la cabeza. Luego se detuvo a escuchar el susurro de las hojas. El viento era suave y la fría oscuridad calmó su sed.

A derecha e izquierda se extendían campos y más campos de maíz, pegados unos a otros, con alguna tapia de vez en cuando. En varias ocasiones se enredó y tropezó. Al final se enrolló el vestido en el cinturón y sus piernas quedaron liberadas. Desde ese momento caminó sin ninguna dificultad.

Por algún motivo echó a correr. Debió de invadirla algún recuerdo que la asustó. Tras una corta carrera, se olvidó de ello y volvió a caminar como antes.

Su hermana mayor, que se estaba preparando por libre los exámenes, era la que más se metía con ella. Cuando se ponía a estudiar, la echaba de casa sin tan siquiera mirarla a la cara. Tzili la quería y aquellas palabras enfurecidas le hacían mucho daño. Una vez le dijo su hermana: «No quiero verte más. Me despistas». Qué extraño: precisamente aquellas palabras parecían grabadas en la oscuridad.

Poco a poco fue aclarándose la noche. A lo largo del firmamento se dibujaron unas franjas finas y pálidas que se fueron volviendo rosadas. Tzili se agachó, se tocó las piernas y se sentó. Sin pensarlo, clavó los dientes en una mazorca de maíz. Un líquido frío inundó su garganta.

La luz fue extendiéndose sobre ella con profusión. Sonidos solitarios de animales llegaban como un lamento. Y enseguida se unieron a ellos unos fuertes ladridos. Tzili escuchó atentamente. Los sonidos lejanos la acunaron. Sin apenas notarlo le entró el sueño.

Durmió durante varias horas bajo el sol que deleitaba su cuerpo. Cuando se despertó, estaba empa-

pada de sudor. Se sacudió la tierra del vestido. El sol se deslizó por sus extremidades superiores y por primera vez sintió el dulce dolor de estar sola.

Y en el profundo silencio cubierto de sombra, un disparo desgarró el espacio y tras él, un grito penetrante y cortado. Ella se encogió y se tapó la cara, y durante un buen rato no se atrevió a levantar la cabeza. Entonces le pareció que algo le ocurría a su cuerpo en la zona del pecho. Era una especie de extraño placer, como tras un día de ayuno.

El sol se puso y Tzili no vio más que a su padre tumbado en la cama. Los últimos días en la casa, los rumores y la agitación, los libros y los cuadernos. Nadie se preocupaba de los sentimientos del prójimo. Los exámenes, que debían hacerse lejos, en la ciudad, aterraban en aquellos momentos a todos, pero especialmente a la hermana mayor. Se arrancaba el pelo de desesperación. Incluso la madre en la tienda, entre una venta y otra, parecía estar memorizando fechas y fórmulas. La verdad es que estaba furiosa. Tan sólo el padre enfermo permanecía tranquilo en su cama, como si estuviese conduciendo la casa en la buena dirección. Parecía haber olvidado su enfermedad y quizá también la débil existencia de su hija pequeña. Lo que él no había conseguido hacer en la vida, lo harían sus aplicados hijos. Ellos estudiarían. Ellos traerían diplomas a casa.

Cuando se despertó, su memoria estaba vacía y aligerada de toda carga. Se levantó, salió del maizal y se dirigió hacia las lindes del bosque. Otra imagen la asaltó, como a propósito, pero esta vez de los últimos días. El hermano pequeño se empeñó en que le comprasen una bicicleta. Todos sus amigos, hasta los más pobres, tenían una. De nada sirvieron las súplicas de la madre: no tenía dinero. Y lo que tenía no sería suficiente. El padre necesitaba medicinas. El hermano de diecisiete años armó tanto jaleo en la tienda que hasta tuvieron que acudir unos extraños a hacerle callar. La madre lloró de rabia. Y la hermana mayor, que no había dejado sus cuadernos ni por un instante, gritó que por culpa de esa familia iba a suspender los exámenes. Tzili recordó en aquel momento, con total claridad, la mano blanca de su hermana mayor agitándose con desesperación, como si se estuviese ahogando.

El día fue pasando lentamente y las alucinaciones causadas por el hambre ya no la molestaron más. Ahora veía lo que veían sus ojos: un bosque ralo y la amarillenta calma del verano. Todo lo que le había ocurrido durante los últimos días perdió de pronto

su capacidad de aterrar. Se dejó llevar por la corriente de luz sin percatarse de ello. Ni siquiera cuando sumergió la cara en el agua sintió extrañeza. Como si lo hubiese hecho habitualmente todos los días.

Y estando allí parada, un susurro recorrió el campo. Al principio creyó que era el susurro de las hojas, pero enseguida se dio cuenta de su error: su nariz captó un olor a sudor. Aún no se había repuesto cuando, justo a su lado, en una pequeña loma, vio sentado a un hombre.

—¿Quién está ahí? —dijo el hombre sin alzar la voz.

—Yo —respondió Tzili, tal y como estaba acostumbrada a hacer.

—¿De quién eres? —preguntó como se suele hacer en los pueblos. Como ella no respondió enseguida, el hombre levantó la cabeza y añadió—: ¿Qué haces aquí?

Cuando vio que el hombre era ciego, se relajó.

—He venido a ver si el maíz está listo para cosechar —dijo. Había oído muchas veces aquella frase en la tienda y, como se repetía cada año en esa estación, se había quedado grabada en su memoria.

—El maíz ha crecido bien este año —dijo el ciego tocándose el abrigo—, ¿me equivoco?

—No, padre, no se equivoca.

—¿Qué altura tiene?

—La de un hombre, o puede que algo más.

—Las lluvias han sido abundantes —dijo el ciego, y se chupó los labios.

Su rostro ciego se ensombreció un poco y guardó silencio.

—¿Dónde está el sol?

–En lo más alto, padre, es mediodía.

Llevaba un grueso abrigo de lino, iba descalzo y estaba sentado tranquilamente. Los años de duro trabajo se apreciaban bien en sus robustos hombros. Estaba buscando una palabra que decir, pero ésta parecía rehuirle. Volvió a chuparse los labios.

–Eres la hija de la María, ¿verdad? –dijo el anciano sonriendo.

–Así es –dijo Tzili a media voz.

–Entonces somos conocidos –dijo él, al estilo de los campesinos.

María era famosa en toda la zona. Tenía muchas hijas, todas bastardas. Como eran muy guapas, igual que su madre, no les ocurría nada malo. Jóvenes y viejos requerían sus servicios. Incluso los judíos que llegaban en la estación estival. En casa de Tzili, decían el nombre de María entre dientes.

Unos años antes, el hermano de Tzili se había liado con una de las hijas de María. La propia María apareció en la tienda y armó un escándalo. Los cuchicheos en la casa duraron muchos días y, al final, se vieron obligados a pagar una suma considerable. La madre, exhausta por el trabajo, no perdonó a su hijo y, de vez en cuando, le recordaba su crimen. Tzili comprendió que se trataba de un asunto oscuro del que no debía hablarse abiertamente.

–Siéntate –dijo el ciego–, ¿por qué tienes tanta prisa?

Ella se acercó y, sin decir nada, se sentó a su lado.

Estaba acostumbrada a los ciegos. Solían llegar del pueblo y pasarse horas sentados a la puerta de la tienda. La madre salía de cuando en cuando y les

daba una hogaza de pan, y ellos se lo agradecían efusivamente. Por lo general permanecían sentados en silencio, pero a veces la locura se apoderaba de ellos y empezaban a pelearse. El padre salía y los llamaba al orden. Tzili se sentaba a observarlos. El mutismo de sus rostros, dirigidos hacia arriba, le evocaba la imagen de gente rezando.

El ciego, como desperezándose, palpó su zurrón y sacó una pera.

–Toma –dijo.

Tzili la cogió y de inmediato clavó los dientes en la fruta.

–También tengo carne ahumada, ¿quieres?

–Claro que quiero.

Le tendió el grueso bocadillo con su inmensa mano. Tzili observó aquella mano grande y pálida y lo cogió.

–Las hijas de la María son todas muy guapas –dijo sonriendo.

Ahora que se había incorporado parecía muy fuerte.

–No me gusta comer solo, me entristece –confesó.

Masticaba despacio y con cuidado, porque los ciegos también son precavidos con la comida.

–Están matando a los judíos, los están matando –dijo mientras comía–. Es una plaga. Sería mejor que se marchasen a América.

Sin embargo, no parecía que el asunto le preocupase demasiado. Le preocupaba más la próxima cosecha.

–¿Por qué no dices nada? –interrumpió de pronto sus propias palabras.

—¿Qué hay que decir?

—Son astutas las hijas de la María —se echó a reír.

Tzili no comprendió qué significaba aquella risa. Todos sus sentidos estaban puestos en el grueso bocadillo que el ciego le había dado. En su momento, María iba a comprar a la tienda. Era hermosa, vestía bien y utilizaba palabras que sonaban como de ciudad. Decían que María sentía una inclinación especial hacia los judíos, algo que no beneficiaba en nada a su reputación. También sus hijas habían heredado esa afinidad hacia los judíos. Y, efectivamente, en verano, cuando aparecían los veraneantes judíos, María sabía lo que era ser colmada de mimos.

En aquel momento, Tzili se acordó del fuerte perfume que María dejaba tras de sí en la tienda. Le gustaba oler aquel perfume.

—A las hijas de la María les gustan los judíos —dijo el ciego como sin darse cuenta—, ¡que Dios las perdone!

Volvió a echarse a reír y, acto seguido, se sentó tranquilamente, como si estuviese rumiando algo. No se oía ni un ruido, tan sólo pájaros y el susurro de las hojas, también atenuado. El rostro relleno del ciego se entregó al sol y, cuando parecía que lo estaba envolviendo el sopor, preguntó de repente:

—¿Hay alguien aquí, en el campo?

—No.

—¿De dónde vienes? —Todo su rostro sonrió.

—De la plaza.

—¿Y no hay nadie en el campo? —preguntó, como si quisiese escuchar su propia voz.

—No, nadie.

Al oír su respuesta, le rodeó los hombros con el brazo. Los hombros de Tzili cayeron por el peso de su brazo.

—¿Por qué estás tan delgada? —dijo el ciego, que debió de notar los huesos de sus estrechos hombros—. ¿Cuántos años tienes?

—Trece.

—Ya eres mayor, pero tan delgada. —Acto seguido la agarró con las dos manos.

Tzili se asustó y el campesino, sin más dilación, la zarandeó y la tiró al suelo. Un grito escapó de la boca de Tzili.

El ciego, que, por lo visto, no esperaba una reacción así, se apresuró a taponarle la boca, pero la mano se desvió un poco y fue a parar a su cuello. El cuerpo de la niña se agitó por un instante bajo las fuertes manos del ciego.

—¡Silencio! —intentó hacerla callar como si fuese un animal salvaje.

La voz de Tzili salió como un grito ahogado. Ella intentó quitarse de encima aquel peso.

—¿Qué te da de comer tu madre para que grites así?

Suponiendo que estaba aturdida, el ciego aflojó. Entonces Tzili reaccionó y con un rápido movimiento se escabulló.

—¿Dónde estás? —dijo, extendiendo los brazos hacia delante.

Tzili retrocedió a gatas.

—¿Dónde estás? —repitió mientras palpaba el suelo. Y, como no obtuvo respuesta, empezó a agitar los brazos y a maldecir. Su voz, que apenas un momento

antes parecía delicada, adquirió un tono rudo y enfurecido.

Por alguna razón, Tzili no salió corriendo. Se arrastró a gatas hacia el maizal. Cayó la noche y ella se acurrucó. Las fuertes manos del ciego aún estaban marcadas en sus hombros.

Más tarde llegó el hijo del ciego. Tenía que recoger a su padre. Pero, apenas se acercó el hijo, el ciego empezó a lanzar improperios. El hijo le contó que por el camino se había roto el eje y que había vuelto al pueblo a por otro carro.

Al ciego aquella excusa no le resultó convincente.

—¿Y no podías venir andando? —dijo.

—Es verdad, papá, no se me ha ocurrido, no tengo cabeza.

—Pero para las chicas sí que la tienes.

—¿Qué chicas? No tengo ningún trato con chicas —dijo haciéndose el inocente.

—Maldito seas —dijo el ciego y escupió.

Título de la edición original: לִיָּצ  
Traducción del hebreo: Raquel García

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S. L.  
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com  
Círculo de Lectores, S. A.  
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona  
www.circulo.es

Primera edición: septiembre 2013

© Aharon Appelfeld, 1982  
© de la traducción: Raquel García, 2013  
© Galaxia Gutenberg, S. L., 2013  
© para la edición club, Círculo de Lectores, S. A., 2013

Preimpresión: Maria García  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex  
Depósito legal: B. 15925-2013  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15863-08-3  
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5588-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)